

guerra, y su temeraria intrepidez; pero los elementos, que hicieron perecer sus naves en una costa desconocida; las enfermedades que los diezmaron; la falta de subsistencias; las disensiones que entre ellos se originaron; y las hostilidades continuas de los indios, acarrearón sobre aquellos tal cúmulo de calamidades, que horroriza su simple relacion. Recibieron de la Española dos considerables refuerzos, pereciendo antes de un año la mayor parte de los individuos que los componian, y formándose con el corto número de los que se salvaron una pequeña colonia en Santa María la Antigua, sobre el golfo de Darien, bajo las órdenes de Vasco Nuñez de Balboa, llamado por su valor é inteligencia á figurar en más brillantes empresas.

En 1510 Diego Velazquez conquistó la isla de Cuba; en 1512 Ponce de Leon, que habia salido de Puerto-Rico con tres naves, con objeto de hallar una fuente de tan maravillosa virtud que rejuvenecía y fortificaba á cuantos se bañaban en sus aguas, descubrió la Florida y su costa oriental hasta los 30° de latitud, sin que pudiese desembarcar en ningun punto por la gran resistencia que le opusieron los naturales: continuando la exploracion en este punto, Alvarez de Pineda recorrió todo el golfo de Méjico, y Juan de Grijalba un país abundantísimo en oro y con indicios de una civilizacion bastante adelantada, á juzgar por los vestigios de su arquitectura y por sus templos é ídolos, al cual se dió el nombre de Nueva España. Como se vé por lo que dejamos apuntado, los españoles llevaban ya sus exploraciones á la América del Norte que, al igual que la del Sur, iba pronto á ser su presa.

Hemos ya consignado anteriormente que Vasco Nuñez de Balboa habia sido nombrado por sus compañeros gobernador de la pequeña colonia de Santa María de Darien; y ahora prosiguiendo nuestro relato, debemos añadir, que conociendo aquel que no obtendria de la corona la confirmacion de su nombramiento si no acompañaba su pretension de grandes cantidades de oro, despues de recoger cuanto pudo, sin valerse más que del buen trato con los naturales, hizo salir para España un oficial encargado de esta mision. Al presenciar un jóven cacique lo que disputaron entre sí los españoles por la reparticion de un poco de

oro, arrojó con indignacion el que estaba en unas balanzas y les dijo: *Pasado el otro mar, á seis soles de aquí, hay un país donde ese metal, objeto de vuestra admiracion y vuestros deseos, es tan comun, que podreis coger cuanto querais, pues sus habitantes llegan á fabricar con él los utensilios más despreciables.* Balboa infirió que el Océano á que se referia el cacique, era el buscado por Colon en esta parte de la América, esperando abrir por él un camino directo con las Indias orientales; y con la esperanza de realizar lo que aquel habia intentado en vano, se aprestó desde luego á acometer una empresa digna de su ambicion y de su osada actividad. Comenzó por ganarse la amistad de los caciques vecinos, y por medio de ricos presentes, distribuidos oportunamente, consiguió la necesaria proteccion y auxilio del gobernador de la Española, y atrajo á su servicio á una multitud de aventureros. El total de sus fuerzas se elevaba á ciento noventa y nueve hombres, todos acostumbrados al clima de la América, y dispuestos á seguirle en los mayores peligros. Se hizo acompañar de mil indios que llevaban las provisiones, y de muchos de aquellos perros feroces que tantos estragos causaban entre los naturales contra los que eran soltados. Muchos y duraderos padecimientos tuvieron que soportar Balboa y su gente, para atravesar el istmo por medio de lagunas, y desfiladeros peligrosos, y bosques solamente recorridos hasta entonces por salvajes errantes, llegando por fin, despues de veinte y cinco dias de marcha, al pié de una escarpada montaña, desde la cual aseguraban los naturales que se veia el mar. Balboa mandó hacer alto á su tropa queriendo ser el primero en gozar de este espectáculo, y al descubrir desde la cumbre de la cordillera la inmensidad del Océano, se arrodilló, levantando las manos al cielo para dar gracias á Dios, y mientras sus soldados al gozar de tan bello espectáculo entonaban himnos, él siguió adelante hasta que entró vestido y armado en el mar, del que tomó posesion en nombre de España.

Aquel golfo, que despues fué llamado de Panamá, recibió de Balboa el nombre de San Miguel: dió asimismo el nombre del Sur á aquel mar, por la situacion en que estaba respecto á su camino; y aunque mas tarde le designó Magallanes con el de mar

Pacífico, tan impropia era esta denominacion como aquella, pues extendiéndose como se extiende de polo á polo, y siendo tres veces mayor que el Atlántico, el que le corresponde es el de Grande Océano. Recogió Balboa de los naturales víveres, oro y muchísimas perlas, y recibió de ellos noticias de que hacía el este, á una considerable distancia, existia un rico y poderoso reino, cuyos habitantes tenian animales domésticos para llevar cargas. Por grande que fuese la impaciencia de Balboa por ver este país desconocido, no podia intentarlo con el puñado de hombres que llevaba, consumidos todos por la fatiga y debilitados por las enfermedades: creyó ser lo mas prudente volver con sus compañeros al establecimiento de Santa María de Darien, para venir otra vez con fuerzas bastantes á conseguir su propósito.

Apresuróse Balboa á enviar á España una relacion de su importante descubrimiento, pidiendo un refuerzo de mil hombres para intentar la conquista de estas ricas regiones. Estas noticias produjeron en la metrópoli tanto gozo cuando menos como las del mismo descubrimiento del Nuevo Mundo; por lo que Fernando se apresuró á preparar una expedicion con los refuerzos que se le pedian, si bien, ingrato con Balboa cual lo habia sido con Colon, confió el mando de estas fuerzas y nombró gobernador de la colonia de Darien á Pedrarias Dávila, que á su llegada devastó el país con insensatas atrocidades, y por odio, temor y celos, defectos que por lo comun reunen siempre los hombres débiles que reemplazan á los de mérito y reconocida superioridad, mandó ahorcar á Balboa, no obstante haberle dado á su hija en matrimonio poco tiempo antes. Estos acontecimientos obligaron á los españoles á renunciar por entonces á la proyectada expedicion para la conquista del Perú.

Mientras en el gobierno de Darien ocurrían los hechos que acabamos de relatar, Juan Diaz de Solís, que habia salido con dos naves de España para abrir una comunicacion por el oeste con las Molucas, entró en un rio al que dió el nombre de Janeiro (1.º Enero 1516), exploró una bahía espaciosa que imaginó ser la entrada del estrecho que comunicaba con el mar de las Indias, y no era más que la embocadura del Rio de la Plata. Intentó un desem-

barco en el país, muriendo junto con muchos hombres de su tripulacion á manos de los naturales, que los cortaron en pedazos y los comieron despues de haberlos asado. Cuatro años despues el portugués Fernando Magallanes, al servicio del emperador Carlos V, salia de España al frente de una expedicion compuesta de cinco naves y doscientos treinta hombres con el propósito de hallar el deseado paso para las Indias. Despues de haber tocado en el Brasil siguió hacia el sur. Las tripulaciones de tres de sus buques, con sus oficiales al frente, se le rebelaron cansados de tantos sufrimientos como habian experimentado; pero los reprimió con tanta prontitud como severidad. El 31 de Marzo de 1520 tocó en el puerto de San Julian, en donde inverná, sin ver ni un solo habitante; al fin descubrieron algunos hombres de desmesurada estatura que se admiraron de la pequeñez de los españoles, tanto como de las grandes dimensiones de sus naves: llevaban en los piés pieles de llama, animal que no habian visto hasta entonces, por lo cual fueron llamados Patagones, esto es, mal calzados. Continuó Magallanes su viaje y descubrió por fin á los 53º de latitud la entrada del estrecho que lleva su nombre, por el que entró en el gran mar del Sur, visto hasta entonces sólo por Balboa. Tardó veinte dias en recorrer el estrecho, descubriendo tras una larga navegacion las islas Filipinas, en donde pereció con parte de su gente, defendiéndose de los naturales del país.

Hasta aquí, segun hemos visto, los europeos se han limitado á ser *exploradores* que se han aventurado sólo á lo largo de las costas y al alcance de sus naves. Desde este momento empieza una nueva raza, la de los *conquistadores*, que empleando unas veces la fuerza de las armas, otras la astucia y la traicion, se arrojan cual aves de rapiña sobre su presa, aniquilando los pueblos guerreros, saqueando y esclavizando las tribus pacíficas. Esta nueva raza aparece con Hernan Cortés, el más célebre de tantos audaces conquistadores, que educado en la escuela del terrible Ovando, gobernador de Santo Domingo, habia ayudado á Velazquez á someter la isla de Cuba. Habiéndose propuesto someter á Méjico, imperio más vasto que el de Alejandro, partió en 1518 con diez naves, de seiscientos á setecientos hombres, diez y ocho caballos, trece

mosquetes y catorce cañones de poquísimo calibre. En menos de tres años sojuzgó el poderoso imperio de Moctezuma. Pagado por Carlos V con la brutal ingratitude acostumbrada en los reyes, se le arrancó la administracion civil del país que á su temerario valor debia aquel monarca. El emperador para librarse de sus reclamaciones llegó hasta negarle audiencia; y se dice, si bien no es creible en un vasallo, que despechado por ello, atravesando la multitud se presentó ante su carroza, y al preguntarle quién era: «Soy el conquistador de Méjico, respondió con altivez; soy el que os ha dado mas provincias que ciudades habeis heredado de vuestros abuelos.»

Al ocuparnos de las conquistas del viejo sobre el nuevo mundo, debemos limitarnos á las que se refieren á la América del Sur propiamente dicha. Sus tres inmensas llanuras que riegan el rio de las Amazonas, el de la Plata y el Orinoco, han sido teatro de renombrados hechos, dignos de la epopeya. El heroismo de los vencidos, la temeraria audacia de los vencedores, recuerdan los tiempos fabulosos; y dominando aquellas escenas de carnicería de una grandeza feroz, aparecen el fraile y el cura desplegando un celo terrible, derribando templos, destrozando imágenes, destruyendo jeroglíficos, bautizando de grado ó por fuerza á los indios, y mezclando, en fin, rios de agua bendita con mares de sangre.

Mientras que Hernan Cortés triunfaba en Méjico, tres hombres que no consideraban quimérica, como el resto de sus compatriotas, la empresa de descubrir y conquistar el país anunciado por Balboa, determinaron asociarse para emprender la ejecución de su proyecto. Estos hombres, extraordinarios por más de un concepto, eran Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando Luque. Pizarro era bastardo, habia sido porquerizo, y no sabia leer ni escribir; Almagro era un expósito que habia adoptado el nombre de su pueblo natal; y Luque, monje dominicano, era maestrescuela de la iglesia de Panamá. ¡Tales eran los hombres destinados á trastornar uno de los mayores y más ricos imperios del mundo! Su asociacion fué autorizada por Pedrarias, gobernador de Panamá, y los tres reunieron todos sus bienes para formar el capital de la empresa: Pizarro, que era pobre, solo pudo aprontar su audacia, tomando sobre sí el encargo de mandar en persona la ex-

pedicion; y los otros dos, que eran ricos, en particular Luque, aprontaron los recursos necesarios. Se juraron solemnemente, comiéndose entre los tres una hostia consagrada, no faltar á la fé y lealtad prometida; y un contrato que tenia por objeto el saqueo y la destruccion, fué ratificado en nombre del Dios de paz.

Partió Pizarro de Panamá, en 14 Noviembre de 1524, con una nave y ciento veinte hombres; pero como lo verificó en la peor estacion del año, y solo acertó á descubrir terrenos pantanosos y bosques inaccesibles, aunque él continuaba resuelto y esperanzado, sus compañeros diezmados por la fatiga, el hambre y combates con los naturales del país, y sobre todo por las enfermedades propias de los países húmedos, despues de tres años de errores y sufrimientos, fueron llamados por el gobernador y se volvieron á Panamá en donde tuvieron que aguantar las burlas de sus compatriotas. Solo doce de sus soldados se quedaron animosos con Pizarro, que no estaba dispuesto á cejar en su empresa. Permanecieron sufriendo mil contratiempos y la miseria más espantosa en la isla de Gallona, sin que por ello disminuyese en lo mas mínimo el valor de estos trece hombres. Almagro y Luque no les abandonaron, y á sus instancias fué debido el que se equipara una nave con la que Pizarro salió para el Perú que descubrió á los veinte dias, desembarcando en Tumbez, ciudad de alguna importancia en la que habia un gran templo y un palacio de los Incas, soberanos del país. En todas partes encontraron los españoles apariencias de una civilizacion muy antigua, por lo que conociendo que no tenian que habérselas con un pueblo bárbaro, y que eran muy pocos para establecerse en él, volvieron á Panamá de cuyo punto habia partido tres años antes Pizarro.

No obstante las relaciones que este hizo de la opulencia de los países descubiertos, resistióse el gobernador de Panamá á autorizar una expedicion para la conquista del Perú que, segun él, podia arruinar la provincia que tenia á su cargo; pero no por esto desmayaron los tres asociados, antes bien, resueltos más que nunca á proseguir la ejecución de su proyecto, acordaron que Pizarro saliera como salió para España y recabara de su monarca lo que no habian podido obtener del gobernador. Presentóse el

intrépido aventurero al emperador, que impresionado por la dignidad del peticionario, por la relación de sus sufrimientos y la descripción de los países que había descubierto, aprobó el proyecto de una nueva expedición y le nombró gobernador, capitán general y adelantado del país que había descubierto, y de los que esperaba descubrir, con autoridad absoluta así en lo civil como en lo militar. A Luque se le designó para el obispado del país que debía conquistarse, y á Almagro solo se le concedió el mando de la fortaleza que debía edificarse en Tumbez. En cambio de todas estas concesiones que nada costaban á la corte de España, Pizarro se comprometió á levantar doscientos cincuenta hombres y á proveerse de buques, armas y municiones para someter á la corona de Castilla el país cuyo gobierno se le había concedido. Eran tan pocos los fondos de que disponía Pizarro y tan escaso su crédito, que no hubiera podido cumplir sus compromisos, sin el auxilio que de su propio peculio le prestó Hernán Cortés y algunos parientes suyos.

Pizarro desembarcó en Nombre de Dios, en 1529, y atravesó el istmo de Panamá acompañado de sus tres hermanos Fernando, Juan y Gonzalo, que tan buenos servicios le prestaron. A su llegada á Panamá, Pizarro encontró á Almagro indignado por la mala fé de su consocio que le había excluido del poder y de los honores á que tenía tan legítimos derechos. Pizarro, para evitar un rompimiento que tan fatal podía ser á sus proyectos, ofreció á Almagro cederle el cargo de adelantado, cuya confirmación se pediría al emperador, á la vez que un gobierno independiente. Con esto se reconciliaron y la asociación se renovó con las antiguas condiciones.

A pesar de los esfuerzos de los tres asociados, solo pudieron reunir para una empresa tan arriesgada tres barcos pequeños con ciento ochenta hombres, de los cuales treinta y seis eran de caballería; pero las victorias de los españoles en América les habían dado tal idea de su superioridad, que Pizarro no vaciló en emprender en 1531 con este puñado de hombres la conquista de un grande imperio. Cuatro religiosos, Luque, Valverde, Pedraza y Olías, acompañaban al «ejército» por orden expresa de Carlos V.

Mientras que Almagro quedaba en Panamá reuniendo fuerzas, se puso en movimiento Pizarro y en trece días verificó su viaje desembarcando sus tropas en la bahía de San Mateo, desde cuyo punto, dirigiéndose al mediodía, llegó á la provincia de Coaque, en donde sorprendió á los habitantes de una ciudad en la que abundaba tanto el oro y la plata, que bastaba para asegurar el éxito de su empresa. Envió parte del botín á Almagro, y otra parte á Nicaragua para ser distribuida entre las personas de alguna influencia, esperando que esta muestra de las riquezas que había adquirido en tan poco tiempo, haría que acudiesen á ponerse á sus órdenes nuevos aventureros. No se engañó; de Nicaragua le llegaron dos destacamentos de treinta hombres cada uno al mando de Benalcázar y de Soto, dos de los mejores oficiales que servían en América. Después de dejar establecida cerca la embocadura del río Piura la primera colonia española del Perú, á la que dió el nombre de San Miguel, se dirigió hácia la capital, anunciándose como embajador de un monarca poderoso y declarando que no venía con intenciones hostiles.

En la época de la invasión de los españoles el imperio del Perú, así llamado por estos por ser la primera palabra que en él oyeron pronunciar, medía de norte á sur cuatro mil kilómetros, siendo su anchura de este á oeste tan solo de seis á ochocientos kilómetros. El Perú, como el resto del Nuevo Mundo, estaba en su origen dividido en muchas tribus independientes que vivían en estado salvaje, hasta que, según la tradición, su padre el Sol compadecido de ellos les envió para que los educase, un hombre y una mujer de figura majestuosa, que se les aparecieron en las orillas del lago de Titicaca. Manco-Capac y Mama-Oella, que eran los nombres de estos hijos del Sol, fundaron á Cuzco, capital del reino, sometiendo y civilizando á los pueblos limítrofes y dando principio á la estirpe de los Incas que no abandonó nunca el trono. Pero mucho más dignos de consulta que estas fabulosas tradiciones han de ser para el historiador los monumentos de que estaba cubierto el reino y que dan indicio de una civilización no menos notable que antigua. En Tínanacu había palacios y estatuas destruidas, y grandes moles de piedra; en las orillas del lago

Chucuitu habia una plaza de quince brazas en cuadro, rodeada de casas de dos pisos y un salon cubierto de cuarenta y cinco piés de largo por veinte y dos de ancho, todo de una sola pieza, que estaba adornado con muchas estatuas. La fama atribuía aquellas construcciones á una gente de barba y trajes distintos de los modernos, muy anterior á los Incas. ¿Era esta gente de distinta raza, ó de la misma que sus nuevos civilizadores, simbolizados en Manco-Capac?

Este enseñó á los pueblos el culto del Sol, la agricultura y demás artes útiles, y Mama-Oella enseñó á las mujeres el arte de hilar y de tejer. Manco-Capac estableció en cada aldea un *curaca* que la gobernase, erigió un templo al dios que le habia enviado, al cual servian doncellas inmaculadas, y concedió á los peruanos una tonsura particular, consistente en una especie de faja al rededor de la cabeza y grandes pendientes como él usaba, cuyos adornos llegaron á ser un distintivo nacional. Su primogénito, Sinchi-Roca, ordenó el país bajo el punto de vista político y emprendió la conquista de los pueblos cercanos, no con el deseo de extender su imperio, sino como los misioneros modernos, con el deseo de difundir la civilizacion entre los pueblos bárbaros comunicándoles sus conocimientos y sus artes. Los Incas y su familia se casaban entre hermanos para que no se contaminase la estirpe del Sol.

Uno de los Incas habia recibido en sueños predicciones y consejos de un anciano que, contra los usos del país, llevaba una crecida barba blanca y largos vestidos, diciendo ser hermano del Sol y llamarse Viracocha. Un nuevo Viracocha predijo que dentro de poco tiempo vendria una gente desconocida que destruiria el imperio y la religion; y á estas profecías principalmente fué debido el buen éxito de los españoles, que fueron designados con el nombre de viracochas, por asemejarse en la barba y traje al anciano de la prediccion, y tenidos como enviados del cielo en un principio, y como una fatalidad inevitable despues. Estas noticias son debidas á Garcilaso de la Vega, descendiente de los Incas y capitan del ejército español.

Los «Comentarios reales» de este, los escritos de sus contemporáneos y los monumentos que han sobrevivido, dan á conocer

lo que era el pueblo del Perú. Los Incas gobernaban con un poder tan absoluto como ilimitado, que tenia algo de teocrático, y la desobediencia, como todas las demás faltas y delitos, se consideraba como una impiedad y se castigaba con la muerte. El sacerdocio y los empleos de importancia estaban reservados á la familia real; cuatro lugartenientes gobernaban los cuatro distritos principales, teniendo cada uno su consejo de Incas lo mismo que el emperador al que daban cuenta de sus actos. Los curacas, ó gobernadores hereditarios de las provincias, formaban la segunda nobleza, y tenian el deber de enviar al rey todos los años oro, piedras y maderas finas, bálsamos, tinturas y otras producciones que no se usaban en la vida comun: debian cada dos años presentarse en Cuzco á dar cuenta de sus actos.

En los caminos se encontraban á cada milla tambos ó cabañas con cinco ó seis hombres que se trasmitian unos á otros las noticias ya de los curacas á la corte, ya de esta á los curacas. Estas cabañas servian tambien de almacenes para el Inca y su comitiva, cuando viajaba. No conocian la escritura, por cuyo motivo su historia ha debido conservarse por la sola tradicion, pero se servian de los quipos ó nudos de cuerda de varios colores para llevar un registro de la poblacion y el de las distintas producciones que se acopiaban para el servicio de la nacion.

Su moral no podia ser más sencilla; se reducía á tres prohibiciones: no robar, no estar ociosos, y no mentir. Creyendo que las desgracias públicas y privadas eran originadas por las culpas, denunciaban aun las más secretas á los jueces; pero aun así, segun Garcilaso de la Vega, apenas debia castigarse un delito al año.

La propiedad de las tierras del imperio estaba dividida en tres partes: una para el Sol, cuyos productos se empleaban en la construccion ó reparacion de templos y gastos del culto; otra para el Inca, que proveía á las necesidades del estado y á los gastos del gobierno; y la tercera, que era la mayor, pertenecía á los Comunes, es decir, al pueblo que la cultivaba en comun y á cuya subsistencia estaba destinada. A cargo de este venía el cultivo de las tierras del Sol y de los Incas, el trabajar en sus palacios, en los